HOMILIA DOMINGO II DE ADVIENTO

Salamanca, 10 de diciembre de 2023

Queridos miembros de las comunidades neocatecumenales de Salamanca:

Me alegra encontrarme hoy con vosotros: para dar gracias a Dios y daros gracias también a vosotros. Gracias por haber acogido la llamada del Señor a vivir el Evangelio y a evangelizar. Y gracias a quienes iniciaron el Camino Neocatecumenal hace cincuenta años en Salamanca.

La palabra *adventus* se refiere a la venida de Cristo y pone en primer plano el movimiento de Dios hacia la humanidad, al que cada uno estamos llamados a responder con la espera y con nuestra adhesión. Y al igual que Dios es soberanamente libre al revelarse y entregarse a nosotros, porque sólo lo mueve el amor, también la persona humana es libre al dar su asentimiento, Dios espera una respuesta de amor.

En este segundo domingo de Adviento la Palabra de Dios asume el tono conmovedor del *segundo Isaías,* que, a los israelitas, probados durante decenios de amargo exilio en Babilonia, les anunció finalmente la liberación: «Consolad, consolad a mi pueblo hablad al corazón de Jerusalén, decidle bien alto que ya ha cumplido su tribulación» (Is 40,1-2). Esto es lo que quiere hacer el Señor en Adviento: hablar al corazón de su pueblo y, a través de él, a toda la humanidad, para anunciarle la salvación.

También hoy se eleva la voz de la Iglesia: «En el desierto preparadle un camino al Señor» (Is 40,3). Para las poblaciones agotadas por las guerras, por la miseria y el hambre, para cuantos sufren graves y sistemáticas violaciones de sus derechos, la Iglesia se alza como centinela y anuncia: «Aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza» (Is 40,11).

La misión de Juan protagonista del evangelio de hoy, fue hacer un llamamiento extraordinario a la conversión: su bautismo es un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y actuar, y a la inminente venida del Mesías, definido como «el que es más fuerte que yo» y «bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,7.8). La llamada de Juan va, más allá y más en profundidad de una sobriedad del estilo de vida: invita a un cambio interior, a partir del reconocimiento y de la confesión del propio pecado. Mientras nos preparamos a la Navidad, es importante que entremos en nosotros mismos y hagamos un examen sincero de nuestra vida. Ver nuestros ídolos, nuestras ataduras y apegos, nuestros complejos y miedos cobardes. Dejémonos iluminar por un rayo de la luz que proviene de Belén, la luz de

Aquel que es «el más Grande» y se hizo pequeño, «el más Fuerte» y se hizo débil.

Los evangelistas describen la predicación de Juan Bautista refiriéndose a un pasaje de 1saías: «Una voz grita: "En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios"» (ls 40,3). San Marcos inserta también una cita de Malaquías, que dice: «Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino» (cf. Mal 3,1). Estas referencias al Antiguo Testamento «hablan de la intervención salvadora de Dios; al que hay que abrirle la puerta, y prepararle el camino.

Cumplís 50 años de vida en Salamanca. Cincuenta es un número importante en la Escritura: a los 50 días, el Espíritu del Resucitado descendió sobre los apóstoles y manifestó al mundo la Iglesia. Antes, Dios había bendecido el quincuagésimo año: «Este año cincuenta será para vosotros un jubileo» (Levítico 25, 11). Un año santo, en el que el pueblo elegido vería la liberación y el regreso a casa de los oprimidos. Después de cincuenta años del Camino, sería hermoso que cada uno de vosotros dijera: «Gracias, Señor, porque realmente me has liberado; porque en la Iglesia he encontrado a mi familia; porque en tu Bautismo lo viejo ha pasado y saboreo una vida nueva (cf. 2 Cor 5, 17); porque a través del Camino me has indicado el sendero para descubrir tu tierno amor de Padre». Decirlo sólo si es verdad.

Es muy hermoso: dar gracias a Dios por su amor y por su fidelidad. A menudo le damos gracias por los dones que nos da, y está bien hacerlo. Pero es todavía mejor darle gracias por lo que es, porque es el Dios fiel en el amor. Su bondad no depende de nosotros. Hagamos lo que hagamos, Dios sigue amándonos fielmente. Esta es la fuente de nuestra confianza, el gran consuelo de la vida. Y cuando los problemas aparezcan en vuestras vidas, recordad que el amor fiel de Dios resplandece siempre, como el sol que no se pone.

Es bueno también dar gracias a Dios por vuestra capacidad de misión de evangelización, que es hoy la prioridad de la Iglesia. Porque misión, es anunciar que el Señor nos ama y nunca se cansará de mí, de ti, de nosotros y de este mundo nuestro, del que, quizás, nosotros nos cansamos. Misión es donar lo que hemos recibido. Misión es cumplir el mandato de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mateo 28, 19).

Para ir hay que ser ágiles, no se pueden llevar todas las cosas de casa. Cuando Dios liberó al pueblo elegido, hizo que fuera al desierto solo con el equipaje de su confianza en Él. Y cuando se hizo hombre, Él mismo caminó en la pobreza, sin tener donde reposar su cabeza (cf. Lucas 9, 58). Pide a los

suyos el mismo estilo. Para viajar hay que ir ligeros. Para anunciar hay que renunciar. Solo una Iglesia que renuncia al mundo anuncia bien al Señor. Solo una Iglesia liberada del poder y del dinero, libre de triunfalismos y clericalismos testimonia de manera creíble que Cristo libera al hombre. Y quien, por su amor, aprende a renunciar a las cosas que pasan, no se queda enredado en sus apegos, que nunca dan paz.

La misión es una tarea comunitaria de toda la Iglesia. No es plenamente misionero quien va solo, sino quien camina junto a otros. Caminar juntos es siempre un arte que hay que aprender cada día. Hay que tener cuidado de no imponer el paso a los demás. Más bien, hay que acompañar y esperar, recordando que el camino del otro no es idéntico al mío. Como en la vida, nadie tiene el paso exactamente igual que otro, así también en la fe y en la misión: se avanza unidos, como Iglesia, con los pastores, con todos los otros hermanos, sin fugas hacia adelante y sin quejarse de quien tiene el paso más lento.

Jesús resucitado nos pide: «Haced discípulos». Esta es la misión. No dice: imponed, convenced, sino «haced discípulos», es decir, compartid con los otros el don que habéis recibido, el encuentro de amor que os ha cambiado la vida. Es el corazón de la misión: testimoniar que Dios nos ama y que con Él es posible el amor verdadero, el que lleva a entregar la vida en todas partes, en la familia, en el trabajo, como personas consagradas, como esposos. Misión es volverse discípulos con los nuevos discípulos de Jesús. Es redescubrirse parte de una Iglesia discípula. Ciertamente, la Iglesia es maestra, pero no puede ser maestra si antes no es discípula, así como tampoco puede ser madre si antes no es hija. Y esta dinámica del discipulado —el discípulo que hace discípulos— es totalmente diferente de la dinámica del proselitismo.

No cuentan los argumentos que convencen, sino la vida que atrae; no la capacidad de imponerse, sino el valor de servir. Y vosotros tenéis en vuestro ADN esta vocación para anunciar la vida en familia, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia: con humildad, sencillez y alabanza. Llevad este ambiente familiar a tantos lugares privados de afecto. Haceos reconocer como amigos de Jesús. Llamad amigos a todos y sed amigos de todos en la Iglesia.

Queridos amigos, junto otros grupos vuestro carisma es un gran regalo de Dios para la Iglesia de nuestro tiempo. Demos gracias al Señor por estos cincuenta años. Y mirando a su paterna, fraterna y amorosa fidelidad, no perdáis nunca la confianza: Él os protegerá, empujándoos al mismo tiempo a ir, como discípulos amados, hacia todas las gentes, con sencillez humilde.

Primicia de esta nueva humanidad que deseamos es Jesús, Hijo de Dios e hijo de María. Ella la Virgen Madre, es el «camino» que Dios mismo se preparó para venir al mundo. Con toda su humildad. María camina a la cabeza del nuevo Israel en el éxodo de todo exilio, de toda opresión, de toda esclavitud moral y material, hacia «los nuevos cielos y la nueva tierra, en los que habita la justicia» (2 Pe 3,13). A su intercesión materna encomendamos la esperanza de paz y de salvación de los hombres de nuestro tiempo.